

"Crónicas de la Semana Santa Canaria"

(nº 94)

La historia, maestra de la vida, nos enseña que no es fácil purificar los actos de fe y las celebraciones religiosas de lo circunstancial y anecdótico. Estos elementos se convierten casi inadvertidamente en costumbres y, a veces, en recias tradiciones. Sólo el lento paso del tiempo y las renovaciones a que se someten las culturas de los pueblos y las religiones, los van enterrando para que surjan otros. Hasta lo más sagrado y trascendente como es la celebración del Misterio Pascual en Semana Santa, se ha visto envuelta en los más diversos y curiosos hábitos que ahora nos resultan extraños y hasta ridículos. Recojo en esta página algunas muestras contadas por nuestros mejores cronistas.

Lucimientos y diversiones en la capital

Domingo J. Navarro nos dejó escrito con su estilo chispeante estos recuerdos de la Semana Santa en Las Palmas de Gran Canaria a principio del siglo pasado:

"La Semana Santa era siempre esperada con avidez; porque en tales días lucían sus galas las señoras y los caballeros: ya a ver pasar las procesiones en diversas casas, donde obsequiaban a los concurrentes con confortable refresco; ya de iglesia en iglesia a oír los Misereres, sobre todo en las de monjas; ya finalmente, a recorrer de día las Estaciones con el máximum de lujo que cada uno alcanzaba. Estos y otros actos terminaban por concurrir el Sábado Santo a la Catedral para presenciar el diluvio de aleluyas que caían desde las claraboyas del Címborio al pavimento y divertirse, cuando concluía la función, con las embestiduras y golpes de la muchedumbre disputándose las aleluyas. El revienta Judas de Santo Domingo, la procesión del Resucitado en San Francisco y la del Jueves de Carnal, ofrecían a nuestros antepasados nuevos motivos de ocupación y de ser obsequiados con almuerzos en las casas por donde pasaban las procesiones".

("Recuerdos de un noventón. Memorias de lo que fue la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria al principio del siglo y de los usos y costumbres de sus habitantes". 1889).

Autos de Pasión en Agüimes

Joaquín Artilles dedica un capítulo al teatro litúrgico en su libro "La villa de Agüimes. Un legado de cinco siglos" (1985) exponiendo con todo detalle el teatro religioso de Navidad, Pasión y Corpus, así como los conflictos y prohibiciones de los Obispos. De los Autos de Pasión dice:

"Las comedias o autos de Pasión debieron ser de los más antiguos en Canarias. Ya los menciona el Sínodo de Arce en 1515. La pasión de Cristo fue, desde el principio, objeto preferente de la devoción de los fieles. El primer retablo de la iglesia de Agüimes era un lienzo de la pasión, sustituido en 1556 por un tríptico del Descendimiento de la Cruz. En el contexto de esta devoción y de acuerdo con la sensibilidad de la época, los autos de Pasión serían como un elemento inexcusable de la Semana Santa. No tenemos, sin embargo, pruebas documentales hasta el siglo XVII, cuando la ermita de San Antonio Abad da

acogida a la cofradía de la Vera Cruz. De esta ermita salían entonces las procesiones del Crucificado y el Santo Entierro y, para las dos procesiones se usaba una misma imagen con los brazos articulados. Era, pues, obligada la ceremonia del Descendimiento, que se hacía muy a lo vivo, teatralizando el pasaje evangélico con todo lo que tiene de trágico realismo. El acto constituía un espectáculo impresionante, al que acudía, conmovido, el pueblo entero. Pero por los años de 1770, el Obispo Cervera suprime la celebración del Descendimiento en toda la Diócesis. Y en 1793, el Obispo Tavira, en el mandato cinco de su visita a Agüimes, reitera la prohibición en estos términos: "... siendo una práctica teatral, poco digna del decoro y gravedad de nuestra santa religión y de ninguna utilidad, porque sólo son efectos pasajeros los que se excitan, la prohibimos igualmente y esperamos que en lugar de ella se predicará por el Vble. Cura o por otro eclesiástico secular o regular un sermón de pasión cuya sencilla y grave relación excitará más bien la piedad de los fieles que una representación de farsa o tramoya".

Hermandades y Cofradías en Teror

Vicente Hernández, actual cronista oficial de la villa mariana, nos habla del esplendor de su Semana Santa en los siglos XVII y XVIII: "En la historia de la Semana Mayor de Teror tuvieron especial relieve las Hermandades y Cofradías. En los primeros años del siglo XVII se creó la Hermandad de la Santa Vera Cruz, que costeaba la procesión de la tarde del Jueves Santo, los festejos de la Cruz de Mayo, sermones, mantos e imágenes. En unas cuentas que rinde el Mayordomo de la hermandad Martín Padilla de Figueredo ante el Visitador don Andrés Romero y Suárez en 26 de Agosto de 1676, se descargan 72 reales que se pagaron por la limosna de misa, procesión y sermón de la fiesta de la Cruz y de la procesión del Jueves Santo en la tarde; 45 reales se gastaron en 6 varas de mascote negro para un manto de Nuestra Señora de la Soledad; 56 reales que costó la tela de las túnicas de los disciplinantes; y 54 reales y medio de limosna de las personas que escoltaban las procesiones y llevaban túnicas, azotes y capirotos". Sigue hablando el cronista de las Cofradías de La Sangre, de Jesús Nazareno y del Cristo de la Columna, y de su autonomía y patrimonio".

(Diario de Las Palmas, 2-4-94).